Y nos dieron las diez

by TheFreakZone

Category: Hetalia - Axis Powers
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Characters: S. Italy/Romano, Spain
Pairings: Spain/S. Italy/Romano
Status: Completed
Published: 2016-04-12 22:49:58
Updated: 2016-04-12 22:49:58
Packaged: 2016-04-27 19:05:19
Rating: T
Chapters: 1
Words: 2,888
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Song-fic basado en la canciÃ³n del mismo nombre de JoaquÃ-n Sabina. Spamano. No se me dan bien los resÃºmenes :P

Y nos dieron las diez

NA: lo que pasa cuando tengo mono de Spamano y mi reproductor aleatorio me pone a Sabina...

* * *

><p>A sus casi treinta aÃ±os de edad, Antonio FernÃ¡ndez Carriedo podÃ-a decir, sin temor a equivocarse, que era feliz. No era mundialmente famoso, pero sÃ- muy conocido en su EspaÃ±a natal, lo que lo llenaba de alegrÃ-a; asÃ- como saber que los sonidos que arrancaba de su guitarra, combinados con esos versos plagados de metÃ¡foras, todo ello producto de su cabeza, podÃ-an hacer a la gente llorar, reÃ-r e incluso estremecerse.<p>

Desde pequeÃ±o le habÃ-an dicho que el mundo del espectÃ¡culo no es fÃ¡cil, que no estÃ¡ al alcance de todos, que mejor estudia algo y sÃ© un hombre de provecho como tu hermano. Y sin embargo Ã©l lo habÃ-a conseguido: se ganaba la vida como mÃºsico, como cantautor, y no podÃ-a ser mÃ¡s feliz. Era joven y famoso, Â¿quiÃ©n no lo serÃ-a? Con todas esas chicas que babeaban por Ã©l (y es que siendo como era, alto, moreno y con unos ojazos verdes, pocas habÃ-a que no lo hicieran), y esos pocos chicos que se dejaban seducir por su sutil flirteo. VivÃ-a la vida como querÃ-a, disfrutando de sus mÃºltiples aventuras, y sin molestarse en recordar a la semana siguiente si esa rubia despampanante se llamaba Raquel o Cristina. Hasta ese verano.

Estaba de gira por el paÃ-s, dando conciertos en grandes ciudades y austeros pueblos, regocijÃ¡ndose en la cantidad de gente que acudÃ-a a oÃ-rlo cantar. Uno de sus conciertos fue en un pueblo del que ni

siquiera habÃ-a oÃ-do hablar antes: era de tamaÃ±o mediano, costero, de gente vivaracha. Desde el momento en que lo pisÃ³, decidiÃ³ que le gustaba.

Al principio, pareciÃ³ que la noche irÃ-a como cualquier otra. Salir al escenario, tocar la guitarra y cantar esas canciones que ya eran parte de su vida, dejar caer alguna broma o chascarrillo. Hacer que la gente se olvidara por unas horas de sus preocupaciones.

Al acabar el concierto, Antonio pensÃ³ que le darÃ-a pena marcharse al dÃ-a siguiente de aquel pueblo que tan buena impresiÃ³n le habÃ-a causado, de modo que, desoyendo los consejos de su agente, saliÃ³ del hotel â€“evitando como pudo a los _paparazzi_, que lo seguÃ-an como la pesteâ€“ y se dispuso a buscar un bar donde pudiera pasar un buen rato.

Lo encontrÃ³ casi de casualidad; si no fuera porque no habÃ-a visto ningÃºn otro abierto, probablemente ni se habrÃ-a enterado de su existencia. El _Brezza di Mare_ era pequeÃ±o y se encontraba un tanto escondido entre varios callejones. A pesar de ello, Antonio pudo comprobar que se trataba de un bar con bastante clase. Le gustÃ³. Se dirigiÃ³ con paso resuelto hasta la barra, deseando no llamar demasiado la atenciÃ³n, y se sentÃ³ en uno de los taburetes mientras ojeaba las bebidas ofertadas.

â€”Â¿QuÃ© vas a tomar? â€”preguntÃ³ el camarero de repente con un sutil acento italiano, apareciendo como de la nada justo delante de Ã©l, al otro lado de la barra.

Antonio, sobresaltado, alzÃ³ la cabeza y se topÃ³ con unos ojos Ã¡mbares, gatunos, que lo miraban con detenimiento, sin tapujos. ParpadeÃ³ varias veces, completamente perdido en aquellos ojos, incapaz de articular una sola palabra.

â€”Me temo que de eso no tengo â€”comentÃ³ el camarero, irritado por la falta de respuesta, emanando sarcasmo.

â€”Â¡Ah, perdona! â€”exclamÃ³ Antonio, recuperado ya por finâ€” Ehâ€¦ Va a ser un cubata, me parece.

â€”Marchando.

Antonio sonriÃ³, dispuesto a darle las gracias, pero antes de que pudiera abrir la boca, una joven se sentÃ³ a su lado y lo mirÃ³ con los ojos muy abiertos.

â€”Disculpa, peroâ€¦ Â¿Carriedo?

AsintiÃ³ levemente, algo azorado por haber sido reconocido tan pronto. Tampoco es que el bar estuviera muy lleno, aunque tal vez habÃ-a sido demasiado ingenuo al creer que no lo iban a reconocer.

â€”Vaya, quÃ© honor, si tengo en mi bar al famoso Carriedo.

La voz del camarero seguÃ-a destilando sarcasmo, pero Antonio creyÃ³ entrever cierta dosis de genuina admiraciÃ³n. Sin saber bien por quÃ©, se encontrÃ³ sonriendo y lanzÃ¡ndole una mirada un tanto juguetona.

â€”Antonio.

â€”Â¿QuÃ©?

â€”Que me llamo Antonio.

â€”Lovino â€”sonriÃ³ el otro, sin perder aun asÃ- su mirada maliciosa, tendiÃ©ndole la manoâ€”. Encantado.

â€”Un placer â€”respondiÃ³ el mÃºsico, estrechÃ¡ndosela.

Como el bar no estaba muy lleno, pronto todos los clientes se enteraron de la presencia de Antonio. Varios habÃ-an ido a su concierto y se apresuraron a felicitarle por su actuaciÃ³n, elogios ante los que reaccionÃ³ con fingida modestia.

Cerca de media hora estuvo Antonio rodeado de gente, respondiendo a sus preguntas acerca de cuÃ¡ndo y cÃ³mo habÃ-a aprendido a tocar la guitarra, cuÃ¡ndo y dÃ³nde habÃ-a compuesto su primera canciÃ³n, quiÃ©n habÃ-a sido su primer amor. Antonio respondÃ-a a todo con entusiasmo, contento por sentirse tan cercano a sus admiradores, hasta que notÃ³ la boca seca y recordÃ³ que habÃ-a pedido un cubata. DisculpÃ¡ndose, se levantÃ³ del sofÃ¡ al que lo habÃ-an prÃ¡cticamente arrastrado y caminÃ³ hasta la barra, donde Lovino secaba distraÃ-damente unos vasos.

â€”Si mal no recuerdo, te pedÃ- un cubata nada mÃ¡s entrar.

Lovino clavÃ³ en Ã©l una mirada felina y torciÃ³ sus labios en una sonrisa traviesa.

â€”Â¿Quieres tu bebida? TendrÃ¡s que ganÃ¡rtelaâ€¦ â€”canturreÃ³.

â€”Â¿Ah, sÃ-? â€”Antonio, divertido, decidiÃ³ seguirle el juegoâ€” Â¿CÃ³mo?

Lovino se inclinÃ³ por encima de la barra hasta dejar su cara a pocos centÃ-metros de la del otro, sin perder en ningÃºn momento su sonrisa, disfrutando al ver al mÃºsico, famoso por sus aventuras amorosas, ponerse colorado de golpe.

â€”CÃ¡ntame una canciÃ³n al oÃ-do â€”susurrÃ³â€” y te pongo un cubata.

Antonio se recuperÃ³ de golpe del _shock_ inicial al oÃ-r aquellas palabras. MirÃ³ a Lovino fijamente a los ojos, perdiÃ©ndose en ellos, en aquel brillo de malicia que, ahora lo veÃ-a, se entremezclaba con lujuria. AsintiÃ³ levemente, sus labios curvÃ¡ndose hacia arriba en una sonrisa mÃ¡s taimada que amistosa.

â€”Con una condiciÃ³n â€”replicÃ³; y antes de que Lovino pudiera reaccionar, se lanzÃ³ y acabÃ³ susurrando en su oÃ-do: â€” que me dejes abierto el balcÃ³n de tus ojos de gato.

Se regodeÃ³ al notar que Lovino se estremecÃ-a, aunque no supo si por sus palabras o por el aliento en su oreja. Se separÃ³ de golpe y le lanzÃ³ una mirada traviesa.

â€”Â¿Tienes una guitarra?

Lovino no respondiÃ³. DespuÃ©s de lanzarle una intensa mirada, se deslizÃ³ hasta la parte de atrÃ¡s y volviÃ³ con el instrumento en sus manos.

â€”CuÃ-dala bien o sufrirÃ¡s la ira de la mafia italiana â€”advirtiÃ³, medio en broma, medio en serioâ€”. Le tengo mucho cariÃ±o.

â€”Descuida.

Para entonces, los demÃ¡s clientes ya se habÃ-an dado cuenta de lo que estaba pasando y habÃ-an empezado a vitorear a Antonio, gritÃ¡ndole canciones que querÃ-an escuchar. Mientras anotaba mentalmente las sugerencias mÃ¡s oÃ-das, el mÃºsico se sentÃ³ en el taburete de la barra y comprobÃ³ la afinaciÃ³n de la guitarra. Una parte de su mente querÃ-a centrarse en sus _fans_, en las sensaciones que venÃ-an al compartir su mÃºsica con mÃ¡s gente, pero sus pensamientos volaban una y otra vez hacia Lovino sin que pudiera evitarlo. Se estaba volviendo loco, no habÃ-a otra cosa que deseara mÃ¡s que pasar toda la noche con Ã©l. De alguna manera, consiguiÃ³ centrarse en la guitarra, los acordes y las canciones, aunque sus ojos lo traicionaran y miraran a Lovino cada vez que tocaba una de sus muchas canciones de amor.

La noche fue avanzandoâ€¦

_Tanto la querÃ-a _

_que tardÃ© en aprender a olvidarla _

diecinueve dÃ-as

y quinientas noches.

â€¦ entre cancionesâ€¦

Y morirme contigo si te matas,

y matarme contigo si te mueres.

Porque el amor, cuando no muere, mata;

porque amores que matan, nunca mueren.

â€¦ y chupitosâ€¦

Que todas las noches sean noches de boda,

que no se ponga la luna de miel.

Que todas las noches sean noches de boda,

que todas las lunas sean lunas de miel.

â€¦ y miradas cruzadas.

Esa noche, Antonio cantÃ³ todo su repertorio, y repitiÃ³ mÃ¡s de una canciÃ³n. Los clientes del bar se fueron marchando poco a poco; algunos madrugaban al dÃ-a siguiente, a otros los llamÃ³ su pareja,

otros simplemente estaban agotados. El propio Antonio se encontraba bastante cansado, a pesar de las siestas que se habÃ-a echado antes y despuÃ©s del concierto. Sin embargo, a pesar del cansancio, se obligaba a sÃ- mismo a mantenerse en pie, tocando y cantando. Era increÃ-ble el efecto que tenÃ-a Lovino sobre Ã©l.

Los pocos que quedaban estallaron en aplausos cuando Antonio terminÃ³ de cantar su Ãºltima canciÃ³n. Ignorando por completo los gritos de Â«Â¡Otra! Â¡Otra!Â», Lovino saliÃ³ de detrÃ¡s de la barra y le arrebatÃ³ la guitarra a Antonio.

â€”Se acabÃ³ el espectÃ¡culo, muchachos â€”anunciÃ³â€”. Hora de cerrar.

Se oyeron algunas protestas que fueron enseguida acalladas cuando Antonio dejÃ³ claro que iba a obedecer lo que dijera Lovino, que por algo era el dueÃ±o del bar. Los Ãºltimos clientes se fueron, no sin antes despedirse efusivamente de Antonio, y por fin se quedaron los dos solos en el local.

â€”Esto da mucho trabajo, parece â€”comentÃ³ Antonio, intentando obviar lo rÃ¡pido que le latÃ-a el corazÃ³n.

La respuesta de Lovino fue un apenas audible murmullo de asentimiento. Iba de acÃ¡ para allÃ¡, apagando luces, recogiendo vasos, fregando mesas. Cuando por fin dejÃ³ el bar con un aspecto decente, se encaminÃ³ hacia la puerta principal, llaves en mano. Antonio lo siguiÃ³ con la mirada, sin perderse un solo detalle de su figura.

Â«Cuidado, chavalÂ», se dijo. Â«Te estÃ¡s enamorando.Â»

No habÃ-a querido admitirlo en toda la noche, pero empezaba a aceptar que habÃ-a sido un flechazo. Nunca habÃ-a creÃ-do en el amor a primera vista, por mucho que de vez en cuando cantara sobre Ã©l, y no dejaba de resultarle irÃ³nico que ahora lo estuviera viviendo en primera persona. Tan inmerso estaba en sus pensamientos, sentado frente a la barra y apoyado sobre ella, que se sobresaltÃ³ cuando notÃ³ un dedo juguetÃ³n en su espalda, delineando el contorno de un corazÃ³n.

No pudo contenerse mÃ¡s.

Se girÃ³ en el taburete hasta quedar frente a Lovino; su mano se moviÃ³ casi inconscientemente hasta el muslo del otro. Las manos del italiano se enredaron en su pelo y Antonio alcanzÃ³ a atisbar una sonrisilla traviesa en el rostro del otro antes de que sus labios se juntaran.

ParecÃ-a increÃ-ble: con la cantidad de canciones que habÃ-a compuesto sobre amor y besos, y ahora no tenÃ-a palabras para describir lo que sentÃ-a. Sin romper el beso, se levantÃ³ y pegÃ³ sus cuerpos todo lo que pudo. Aun asÃ-, no era suficiente. QuerÃ-a mÃ¡s, mÃ¡s Lovino. QuerÃ-a que no hubiera ropa de por medio y una superficie plana lo suficientemente amplia.

â€”Antonioâ€¦ â€”jadeÃ³ Lovino cuando por fin se separaronâ€” Vamos a tu hotel.

No hubo que repetirlo.

Salieron torpemente por la puerta de atrÃ¡s. Lovino tuvo problemas a la hora de cerrarla, demasiado distraÃ-do por los labios sobre su nuca y los brazos alrededor de su cintura.

Era una noche apacible, veraniega, de esas en las que hace una temperatura perfecta, se ven las estrellas y el mundo parece en calma. Antonio y Lovino, sin embargo, no se pararon a apreciarlo: estaban demasiado ocupados apreciÃ¡ndose entre ellos. Los diez minutos que se tardarÃ-an normalmente en llegar al hotel se convirtieron en treinta, ya que no podÃ-an evitar parar a besarse en cada farola. Cuando por fin llegaron, ambos estaban demasiado excitados como para pararse a pensar en ser discretos, de modo que atravesaron el recibidor y subieron las escaleras sin ningÃºn tipo de vergÃ¼enza, ignorando por completo las pocas miradas curiosas que los seguÃ-an.

Antonio guio a Lovino hasta su habitaciÃ³n. Una vez allÃ-, lo guio hasta la cama. Ninguno perdiÃ³ tiempo en encender la luz o correr las cortinas. Tampoco miraron la hora; les importaba mÃ¡s bien poco. Fueran las diez o las once, las doce, la una, las dos o las tres, lo importante era que la luna los encontrÃ³ desnudos, agotados y satisfechos.

â€”Eh, bastardo, despierta.

Antonio gruÃ±Ã³, aÃºn medio dormido. EntreabriÃ³ un ojo para lanzar un vistazo al reloj que colgaba en la pared: las diez de la maÃ±ana. Muy pronto, en su opiniÃ³n, teniendo en cuenta lo movidita que habÃ-a sido la noche anterior. EnterrÃ³ la cabeza en la almohada y se aferrÃ³ a las sÃ¡banas, dispuesto a dormir una o dos horas mÃ¡s. No obstante, parecÃ-a que cierto italiano no estaba por la labor.

â€”Â¿Me has oÃ-do? Â¡Que te levantes, _cazzo_!

Antonio mascullÃ³ algo que podÃ-a ser interpretado como un Â«NoÂ». Lovino, molesto, tirÃ³ de Ã©l hasta dejarlo bocarriba y se contuvo para no darle un tortazo.

â€”Acaba de llamar tu agente o quien quiera que sea. Un tal Francis, sonaba a gilipollas. Ha dicho que tenÃ©is que iros a las once y media. Â¿Me estÃ¡s escuchando?

â€”Â¿A las once y media? AÃºn hay tiempoâ€¦

â€”TÃº eres imbÃ©cilâ€¦ â€”mascullÃ³.

â€”Ah, Lovi, hieres mis sentimientos â€”se quejÃ³ en broma, posando dramÃ¡ticamente una mano sobre su pechoâ€”. Mi pobre corazÃ³n se siente dolido por tu frÃ-a indiferenciaâ€¦

â€”Eres terrible, para de hacer eso.

Antonio abriÃ³ los ojos de golpe para lanzarle una mirada pÃ-cara, a la vez que una taimada sonrisa se dibujaba en su rostro.

â€”Eso no es lo que decÃ-as anocheâ€¦ â€”canturreÃ³, disfrutando al ver a Lovino enrojecer hasta la raÃ-z del cabello.

â€”Idiotaâ€¦

Sin saber bien si estaba enfurruÃ±ado o muerto de vergÃ¼enza, Lovino se dejÃ³ caer en la cama, dÃ¡ndole la espalda a Antonio. Ã‰ste aprovechÃ³ para abrazarlo desde atrÃ¡s, con ternura, a la vez que posaba un suave beso sobre su hombro.

â€”Oye, Loviâ€¦

â€”QuÃ©.

â€”Ya sabes que estoy de gira, y despuÃ©s de eso tengo algunos compromisos, yâ€¦

â€”Â¿A dÃ³nde quieres llegar?

Ante la falta de respuesta, Lovino se girÃ³ hasta quedar frente a frente. Los ojos verdes de Antonio lo miraban fijamente, llenos de emociÃ³n, y Lovino se estremeciÃ³ ante la intensidad de la mirada.

â€”OjalÃ¡ volvamos a vernos â€”dijo por fin.

Lovino suspirÃ³.

â€”OjalÃ¡ â€”respondiÃ³, pegÃ¡ndose mÃ¡s a Ã©l.

La gira acabÃ³ casi a la vez que el verano. El otoÃ±o durÃ³, como suele ser, lo que tardÃ³ en llegar el invierno. MÃ¡s de una vez, Antonio se planteÃ³ seriamente la posibilidad de dejarlo todo, coger una maleta, un autobÃºs y plantarse en el bar de Lovino. HabrÃ-a estado bien. Pero sus contratos, sus compromisos, lo tenÃ-an maniatado, y lo Ãºnico que podÃ-a hacer era consolarse con los recuerdos de aquella noche.

PareciÃ³ que la suerte volvÃ-a a sonreÃ-rle cuando el azar, al verano siguiente, volviÃ³ a llevarlo a aquel pueblo con mar. Ese fue tal vez el concierto en el que mÃ¡s emociÃ³n volcÃ³; y al acabar, buscÃ³ un rostro familiar entre los espectadores. BuscÃ³ esos ojos Ã¡mbares, era mirada felina, ese pelo castaÃ±o, ese rizo rebelde.
Nada.

Â«Puede que no haya podido permitirse la entradaÂ», razonÃ³ Antonio, intentando consolarse. Â«Seguro que esta noche lo verÃ© en su bar.Â»

Cuando mÃ¡s tarde recorrÃ-a el camino que tan a fuego habÃ-a quedado grabado en su memoria (hasta creyÃ³ reconocer la farola en la que Lovino habÃ-a perdido el equilibrio y casi se habÃ-an ido los dos al suelo), se topÃ³ con algunos de los que habÃ-an estado aquella noche en el bar. Todos lo saludaron muy amigablemente, pero no respondÃ-an cuando Antonio preguntaba por Lovino. Cualquiera dirÃ-a que se habÃ-a esfumado.

Y asÃ- era, por lo visto. Antonio sintiÃ³ que se le caÃ-a el alma a los pies cuando, al llegar frente al _Brezza di Mare_, comprobÃ³ que ya no era ese local pequeÃ±o pero con clase que tanto le habÃ-a gustado. En su lugar, habÃ-a una sucursal del Banco Hispanoamericano.

No.

No, no, no y no.

Â¿DÃ³nde estaba Lovino? Â¿DÃ³nde estaba su bar? Â¿DÃ³nde estaban su guitarra, su sarcasmo, su presencia abrumadora? ParecÃ-a una broma macabra del destino. Antonio sintiÃ³ que los ojos se le llenaban de lÃ¡grimas, y cuando se quiso dar cuenta, estaba apedreando los cristales del banco, desahogÃ¡ndose, liberando su frustraciÃ³n, vengando la memoria de Lovino.

Los policÃ-as municipales que vinieron a arrestarlo se quedaron perplejos al ver que el loco que habÃ-a empezado a tirar piedras contra un establecimiento no era otro que el conocido Antonio FernÃ¡ndez Carriedo. Eso no les impidiÃ³ detenerlo, aunque ninguno entendÃ-a a quÃ© se referÃ-a cuando gritaba Â«Â¡SÃ© que no lo soÃ±Ã©!Â» mientras lo esposaban. En el trayecto a comisarÃ-a fue calmÃ¡ndose poco a poco; y cuando llegaron estaba lo suficientemente lÃºcido como para alegar que llevaba varias copas encima. No tardaron mucho en soltarlo, bajo la condiciÃ³n de que pagara los desperfectos que habÃ-a ocasionado (condiciÃ³n a la que Antonio accediÃ³ a regaÃ±adientes).

â€”Â¡Antonio! Â¿Pero quÃ© mosca te ha picado? â€”exclamÃ³ Francis, que habÃ-a ido a buscarlo, nada mÃ¡s verlo salir.

â€”Cosas mÃ-as.

A pesar de la insistencia de Francis, Antonio no dijo una sola palabra mÃ¡s. Apenas llegaron al hotel, se dirigiÃ³ derecho a su habitaciÃ³n. Exactamente la misma que la otra vez. HacÃ-a un aÃ±o, habÃ-a estado desnudando a Lovino; ahora, cogiÃ³ su guitarra y empezÃ³ a componer una nueva canciÃ³n.

Y nos dieron las diez y las once,

las doce y la una y las dos y las tres;

y desnudos al anochecer nos encontrÃ³ la lunaâ€¦

* * *

><p><em>NA: Â¿a quiÃ©n no le gusta un poco de drama de cuando en cuando? :D Las canciones que canta Antonio en el bar son todas de Sabina; por orden:<em>

-19 dÃ-as y 500 noches

-Contigo

-Noches de boda

Se aprecian reviews :3 Â¡Gracias por leer!

End
file.